

La práctica artística y su entorno

Daniel G. Andújar

No quiero aquí desanimar a nadie ni torcer vocación alguna, tan sólo constatar un dato: el desierto avanza, siempre fue así, todos somos conscientes. La única forma de frenar su avance es luchar con efectividad contra el vacío que genera. Tampoco voy a referirme en este texto a tácticas de cómo transmitir ideas y conocimientos en la planificación de proyectos; Ni dar consejos de cómo desarrollar ideas sobre dinamización cultural o ayudaros con estrategias de visibilidad en red y nuevas plataformas; No hablaré de cómo lidiar con convocatorias, premios o de nuevos espacios y alternativas a las galerías y centros oficiales. Voy a tratar de compartir algunas notas y reflexiones sobre el entorno del cual depende el sentido y el valor de la práctica artística.

Lo cierto es que desarrollamos nuestro trabajo en un medio extremadamente específico, singular e inestable. Un terreno impredecible, precario, mal pagado, a tiempo parcial, sin protección, a corto plazo, insostenible, arriesgado. La realidad sitúa nuestra práctica en una zona de debilidad en la distribución de fuerzas del “Sistema”, resaltando nuestra escasa capacidad de influencia. Esta particularidad es seguramente el resultado lógico de una política cultural, una pedagogía y unos hábitos sociales que muestran un escaso interés hacia el ámbito cultural en general.

Sin artistas no hay arte, reclamación de nuestros derechos.

No es algo que sólo ocurra aquí, pero para centrarnos podemos decir que en el contexto español el Arte –la Cultura en general– se ha entendido como un mero recurso retórico, un simple elemento de utilización política, un capricho de nuevo rico, algo asimilado como prescindible al “interés general”. Nadie parece poner en duda, especialmente en el ámbito político, que la cultura es una cuestión de cierta importancia, aunque ninguno parece explicar exactamente por qué. Al propio Estado le cuesta reconocer el papel esencial que desempeña el Arte en nuestro sistema cultural, así como los valores que lo sustentan, en la medida que participa en el desarrollo integral del ser

humano y por tanto de la sociedad, siendo un instrumento imprescindible para conocer el pasado y reconocer el presente. La producción, recepción y disfrute del Arte mejora la capacidad creadora de las personas, acompaña su formación, ilustra su inteligencia, contribuye a generar recursos simbólicos o formales y a renovar los lenguajes expresivos, incrementa el patrimonio común, impulsa el desarrollo económico y activa procesos de innovación y experimentación social. Por tanto, el Estado debería asumir la obligación de proteger todas las manifestaciones del Arte y contribuir, junto a la sociedad civil y la iniciativa privada, a la mejora de las condiciones para el incremento de la creatividad artística, adoptando medidas encaminadas a fortalecer el sector y el papel de los creadores; potenciando así el derecho reconocido en el artículo 20 de la Constitución Española a la producción y creación artística. Y aquí ya estamos hablando de reclamación de derechos concretos, no de demandas unilaterales de nuestro sector. En tiempos de bonanza económica y borrachera especuladora se hicieron promesas y acuerdos tácitos, fruto de una negociación intensa y que atendían a reivindicaciones históricas. Se negociaron y firmaron códigos de buenas prácticas en el sector sobre el cumplimiento y observación de convenios o pactos sectoriales de autorregulación; también se habló de la asunción por parte de la administración pública de un papel más activo en el seguimiento e implementación del Estatuto del artista (Seguridad Social, derechos de autor y propiedad intelectual, formación, transiciones profesionales, riesgos y condiciones laborales, contratación, convenios colectivos vinculantes, reconocimiento de los sindicatos y asociaciones profesionales ...); los museos e instituciones públicas se comprometieron a realizar un esfuerzo especial, con la imprescindible ayuda de los organismos estatales y autonómicos con competencias, en la exportación y divulgación de los proyectos de producción propia; se abrió la esperanza de mejorar la regulación de las enseñanzas artísticas en línea con el resto de países de nuestro entorno; planificamos la promoción o participación Internacional de nuestros artistas; y especulamos hasta la saciedad sobre nuevos modelos económicos para la cultura. Hoy nos sentimos estafados, como tantos sectores de la sociedad, y obligados a reclamar y exigir. Una reclamación que pasa por trabajar juntos para definir y adoptar medidas prácticas y marcos de aplicación de buenas prácticas en las

instituciones financiadas con fondos públicos y con las comunidades y las audiencias a las que servimos colectivamente.

A pesar de todo ello, sigo pensando que el artista es el muro de carga sobre el que se debe impulsar el sistema del arte actual. La práctica artística es un proceso reflexivo interdisciplinar que nos permite repensar y reinventar nuestras realidades y que crea un indudable valor cultural. Nuestra práctica se relaciona directamente con todos los agentes del sector artístico y produce las obras que son interpretadas, mediatizadas, exhibidas o comercializadas por otros profesionales. Por ello debemos siempre reivindicar la seriedad y concreción de nuestro trabajo. Los artistas visuales somos un colectivo generalmente de pobres y con escasa influencia social, eso es cierto, sin embargo el valor del arte en el conjunto social es muy alto. Y no me refiero sólo al valor simbólico del arte, también el valor económico del arte es muy elevado. Esta paradoja puede utilizarse sin duda como una herramienta de artista más en nuestro taller.

Nos movemos entre paradojas

La cultura, en general, y el arte, en particular, no son un lujo, sino una prioridad inaplazable de cualquier sociedad. Esto que puede parecer una obviedad para algunos, para otros significa un detalle irrelevante en tiempos de crisis, pero para un trabajador de la cultura esta afirmación representa una verdadera declaración de principios, y un verdadero campo de batalla.

Parece una paradoja que en tiempos de crisis capitalista el sistema se revuelva más que nunca generando mecanismos de gestión que operan de intermediarios entre los creadores y su contexto social apropiándose del control de la producción, la distribución y la comercialización. Y digo que parece una paradoja ya que las nuevas tecnologías deberían de estar eliminando gradualmente la necesidad de estos intermediarios y de sus servicios de gestión. La brecha digital, el choque entre generaciones, y un proceso de digitalización que está transfiriendo gran parte del legado visual desde su formato físico formal, están cuestionando las formas tradicionales de comprensión, gestión y trabajo con los bienes simbólicos. Las formas de

pensar, de relacionarnos los unos con los otros, de consumir, de producir y de comerciar están sufriendo cambios sustanciales que cambian nuestra perspectiva tradicional de los procesos de negociación.

El Estado —por tanto las estructuras de su Administración— asume que la práctica artística ha de ser discontinua, flexible, temporal, precaria y transitoria, lo que lo convierte en partícipe de los niveles de explotación y precarización existentes en el mundo de la cultura. Lo que choca en esta situación de precariedad endémica del colectivo de artistas, es que en estos momentos se le esté exigiendo tenazmente que financie y provea de contenido una maquinaria que resopla agónica y sin recursos.

La Institución Arte ha sido absorbida como un mecanismo más de la producción de servicios, es parte activa del proceso de turistización del contexto urbano y participa en la compleja readaptación de las infraestructuras de la nueva ciudad. Y los artistas hemos participado, de algún modo, en esta lógica, por defecto u omisión, participando activamente o dejando simplemente que todo se desarrollara tal y como estaba programado.

Por todo ello debemos convertir la práctica artística en una muestra de “resistencia” a un modelo que pretende mantenerse con obstinación en un espacio de relaciones cada vez más jerarquizado, difuso, globalizado y estandarizado. Atravesar la estructura actual para dejar paso a las transformaciones. El Arte tiene ahí una función también política que necesita de posicionamientos éticos claros. El Arte, como cualquier otro proceso cultural, es básicamente un proceso de transmisión, de transferencia, de diálogo continuo, permanente y necesario. Pero, no lo olvidemos, significa también trasgresión, ruptura, ironía, parodia, apropiación, usurpación, confrontación, investigación, exploración, interrogación, contestación. Busquemos pues el contexto idóneo que permita desarrollar esta idea en condiciones más óptimas. Y si no existe, tendremos que crearlo. Las estructuras que creamos condicionan nuestra percepción de la realidad. Debemos asumir el compromiso que nos corresponda en dicha construcción,

entendiendo que la arquitectura del edificio es una empresa colectiva. Pero también debemos entender que los artistas cuestionamos la realidad y conocemos perfectamente que hay sistemas que se resisten a constituirse como tales. Cada artista ha de encontrar un camino, en estos momentos el mío está perfectamente determinado por límites éticos autoimpuestos, aquellas fronteras que hemos decidido no traspasar jamás. Es importante establecer esos límites para entender cómo y dónde se posiciona nuestra práctica en relación al complejo proceso por el cual la producción cultural que realizamos los artistas se convierta en socialmente representativa, cargándose de significado y fuerza simbólica. Mi trabajo en estos momentos tiene la intención de discutir las estructuras de poder, el sistema, la participación y los procesos recientes de transformación social. Mi interés principal aquí son los conflictos y dificultades que son inherentes a la democracia: su fragilidad, sus requisitos y nuestras expectativas. La política pública parece cada vez mas inmersa en un videojuego de simulación donde se reproducen sensaciones que en realidad no están sucediendo. Aquí nos interesará esencialmente aquello que hace referencia a los controles del discurso como otro mecanismo de perpetuación de la hegemonía.

Tengamos en cuenta los nuevos formatos de participación, el público del mundo del arte, los visitantes a museos y centros culturales, los partícipes en diferentes eventos culturales, ya no quieren limitarse a ocupar una posición de pura contemplación y tener una actitud pasiva ante un discurso unilateral. Están hartos de discursos unilaterales, cerrados, definidos, sin posibilidad de contestación, sin posibilidad de participación y gestión colectiva. Los hábitos en el público y las audiencias se van modificando en un proceso evolutivo de emancipación; quieren interactuar y ser elementos activos, pasando a formar parte del mismo mecanismo de transmisión de la información; quieren ser parte activa en el proceso de transformación de esa información en conocimiento, hasta el punto de que podemos hablar también de una nueva era en términos de participación cultural e interpretación.

También tenemos que detenernos a observar las nuevas relaciones en los espacios institucionales. La "Institución Arte" está ante un reto no exento de

paradojas e incluso contradicciones: la paradoja de constituirse físicamente en centros para promover iniciativas culturales que cada vez tienen un marco de representación más difuso. Los sistemas de representación y difusión pasan a través de redes inmateriales y a su vez necesitan irremediablemente de un contenedor físico, un espacio real desde el que emitir y producir. Cada vez será más difícil el concepto de lo permanente y más probable el de zonas híbridas y temporales. Hemos de asumir estas contradicciones. La contradicción de un proceso cultural necesariamente lento frente a un ritmo de desarrollo tecnológico y social frenético. Al igual que la Biblioteca, los espacios dedicados a las artes visuales tendrán que convertirse en un espacio en el que generar conocimiento, manejar información, producir, exhibir y difundir, más que almacenar objetos u ordenar en vitrinas. Un centro-laboratorio, un centro de recursos dotado y familiarizado con los usos contemporáneos. Un espacio abierto, un canal de comunicación entre estructuras sociales tácticas e independientes, el mundo más académico y la teoría, la práctica artística contemporánea y la experimentación. Debe ser, en ese sentido, más un medio que un fin en sí mismo. Los artistas visuales no podemos atrincherarnos como mero sirviente de las estructuras culturales establecidas salvaguardando posiciones indefendibles. Quienes nos dedicamos a la práctica artística debemos ayudar a introducir las transformaciones necesarias que permitan modificar las estructuras fundamentales de la Institución Arte, ayudando a destruir sus cimientos si fuera necesario.

Disponemos de valiosas herramientas de artista, un lenguaje propio, un legado histórico inestimable y de un espacio de libertad —conquistado por los artistas a lo largo de la historia— que es irrenunciable. El lenguaje visual es la herramienta más valiosa de la práctica artística, pero en estos momentos lo “visual” está específicamente asociado al territorio digital contemporáneo, el ocio digital, la publicidad. Los artistas, ya no somos los únicos con capacidad para influir en el imaginario visual, es más, creo que hemos perdido parte de esa capacidad. No lo digo con nostalgia, ni tampoco como reproche, de alguna forma nos han liberado —a los artistas— de una gran carga, nos permiten centrarnos en cuestiones mucho más interesantes y nos alejan de

funciones serviles de los aledaños del poder. Tal vez sea el momento de dejar de producir más ruido, de fabricar más imágenes ciegas y de adhesión a la autoridad o a determinados intereses del capital. Esto no quiere decir necesariamente dejar de trabajar con las imágenes. Quiero decir que deberíamos pensar más en cómo se han construido estas imágenes, cuál es su estructura y qué significado tienen. Buscar en el reverso, la cara B, en las tripas, entender la maquinaria para poder ponerla otra vez en marcha, para poder convertir lo que son meros documentos, información en conocimiento específico. Se trataría, más bien, de imponer una especie de ecología de trabajo reciclando y dando un nuevo sentido al poluto y vasto paisaje visual que ahora conocemos. Debemos entrar en esta batalla, asumiendo responsabilidades. Es el momento de poner las cosas patas arriba, repensar y cuestionar cómo podemos traducir, leer, en este nuevo contexto. Descubriendo lo que hay detrás de estas imágenes, enseñando a decodificar, ayudando a abrir el código del almacén visual, mostrando el reverso de todo esto, exhibiendo sus entrañas. Es un lenguaje que está lleno de capacidades, pero que está inmerso en un campo de batalla por su control. El lenguaje puede cambiar el mundo, o debería. Y esta es una de las herramientas más eficaces del taller del artista.